

LA IDEA

SEMANARIO REPUBLICANO SE PUBLICA LOS SABADOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Sixto Ramón Parro (Tripería), 27, teléf. 133

Toda la correspondencia se dirigirá á la Administración.
Los originales que se remitan estarán firmados y no se devolverán.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Toledo, un trimestre 1,00 pesetas.
Provincias, id. 1,50 »
Número suelto 0,10 »
Anuncios y comunicados á precios convencionales
Pago adelantado.

LA OLA NEGRA

IV

Jesuitismo, ó clericalismo, la misma plaga con distintos nombres. Enfermedad terrible, que desgraciadamente viene minando á esta infeliz España, debido á la indiferencia de los partidos democráticos, á las concesiones y contemplaciones del partido liberal que acaudilla el Sr. Sagasta y á la impunidad en que siempre se dejan los excesos y delitos, que así pueden llamarse, de los partidos ultramontanos.

La ola negra, convencida de que los pueblos desmoralizados, como el nuestro, son los que mejor se prestan á sus despiadados designios, se arremolina y avanza como río que se desborda, sin que nadie en absoluto se atreva á encauzarle y penetra ya en los más suntuosos palacios, en los claustros universitarios, en los institutos y escuelas, y por último, en todas las funciones del Estado pretendiendo imponerse á los poderes.

Sí; desde el fallecimiento de Alfonso XII, la reacción crece y se desarrolla cada vez más al amparo de los poderosos, y con mengua del pueblo que vé, sufre y calla; desde entonces se celebran congresos como los de Zaragoza y Burgos, en los que se sobrepone la política á la religión, se discute más lo humano que el dogma, y se toleran ataques más ó menos encubiertos al régimen vigente, que, el clero no tiene inconveniente en vivir del Estado y subir después á la tribuna del Espíritu Santo á menospreciar á ese mismo poder que le otorga sus beneficios. Desde entonces, los prelados se imponen á los Ministros de la corona conminándoles con la excomunión; se multiplican las romerías á Roma, y á todos los Santuarios para alentar la fe, y al de Monserrat acuden todos los Obispos de la región catalana, en momentos que podía dudarse de su acendrado fervor, por causas latentes y antipatrióticas de todos conocidas; y por último, coronaciones como la de la Virgen de Begaña, en la que rivalizan el lujo y el esplendor y en la que figuran nada menos que once prelados y á su alrededor las autoridades civiles y militares, Togados, Senadores, Diputados etc., y miles de almas arrastradas más por la curiosidad que por la fe; fiesta religiosa sin otro fin práctico, que un rasgo aparatoso de catolicismo, en el que tomando á la religión como medio, se obliga indirectamente á que concurren las masas, que faltas de instrucción, se las impresiona y catequiza mejor y cómodamente; fiesta, en fin, en la cual, á las dulces armonías de los cánticos á la Madre de Dios, se mezclaba el estruendo de las salvas de artillería, para demostrar una vez más, que cuando el humo del incienso y el de la pólvora se confunden formando una sola nube, es cuando la reacción está en sus glorias, en su verdadero apogeo.

Y no es esto todo; hay mayores causas que nos obligan á vivir prevenidos contra los sempiternos enemigos de la libertad y de todo progreso político y científico, que dicen ellos ser hijos del mismísimo demonio. España entera va cuajándose materialmente de asociaciones religiosas, centros y escuelas católicas y los frailes de todas castas y los jesuitas, pululan por todas partes, cual si aún viviéramos en los luctuosos tiempos del imbécil Carlos II.

Hay más; recientemente el Ministro de Gracia y Justicia, en su discurso de apertura de los tribunales, aboga por la intervención directa de los frailes en los presidios.

¡La reacción, doquier que volvemos la vista! ¡Qué

pronto hemos olvidado que la influencia de los frailes fué la causa principal de la pérdida de Filipinas!

Y á qué continuar, si no tenemos que salir de nuestro casa para demostrar nuestros asertos. Toledo mismo es un ejemplo patente del predominio que va alcanzando el clericalismo; en espacio de tiempo relativamente corto, vamos viendo cómo se desarrollan nuevas cofradías, asociaciones y fundaciones, entre ellas las denominadas de la Vela Nocturna y del Sagrado Corazón, culto predilecto de los jesuitas; los frailes carmelitas y capuchinos se van haciendo dueños del confesionario y del púlpito, y dícese si la Compañía de Jesús viene á establecerse en San Juan Bautista.

El Rosario de la Aurora, durante muchos días, ha recorrido las calles de nuestra ciudad en las primeras horas de la mañana, molestando al vecindario con su cántico y acompañamiento de trompetazos; el servicio Eucarístico para el culto del jubileo de las cuarenta horas está perfectamente regularizado, y no falta quien invite constantemente á los fieles á que den pruebas de su vitalidad, con invocaciones piadosas, rezos y devociones.

La cosa marcha, pero no puede perdurar; que en los tiempos que corren toda reacción ultramontana es imposible que viva, porque el espíritu popular, refractario á todo retroceso, es una fuerza estática que se va acumulando y que romperá todos los diques, cuando dispuesta á resbalar haya una causa que la empuje y una inteligencia grande y enérgica que se atreva á dirigirla.

Por eso los republicanos, para llegar á tan inspirado fin, deseamos regenerar la sociedad paso á paso, por la instrucción y el trabajo, hasta conseguir una ley única; la del derecho común, que como dijo Boissy d'Anglès, «es en primer término la libertad y después el respeto á las leyes». He ahí el por qué como remedio contra la ola negra, en nuestro programa político se pide la separación completa de la religión y de la política, con la que á no dudar, se alcanzará la emancipación del espíritu humano y el apogeo de la civilización.

ALGO SOBRE LA PENNA DE MUERTE

Entre los muchos argumentos que suelen formular en favor de la pena de muerte, resalta por su frecuente repetición y por su bella apariencia, el siguiente: «El cuerpo social es como el cuerpo humano; y así como á éste se le amputa un miembro corrompido para que la gangrena no se extienda á todos los demás, así también es legítimo cortar los miembros emponzoñados del cuerpo social para evitar el general contagio».

Todo el aparente valor de tal argumento descansa en la primera proposición; y como ésta es completamente falsa, lo son también sus consecuencias. El cuerpo social no es como el cuerpo humano. El cuerpo humano es pura materia, mientras que el cuerpo social es la congregación de hombres, que son seres espirituales. Por consiguiente, no puede haber igualdad entre un miembro humano, que es una porción de simple materia, y un miembro social, que es un ser racional, dotado de un alma imperecedera, y no habiendo igualdad en los términos, la comparación es inexacta, é ilegítima toda consecuencia que de ella se quiera deducir.

Estamos muy distantes de abogar por la impunidad de los criminales; al contrario, somos los primeros en defender el altísimo principio de justicia en que se

funda el derecho que la sociedad tiene para castigar severamente todos los crímenes, aunque creemos que nunca con la pena capital; no puede haber motivo para temer la corrupción de la sociedad entera, una vez extraídos de su seno los que con hechos punibles traspasan los límites del deber, de la moral y de las leyes.

Otro argumento que con frecuencia se repite entre el vulgo y los que aunque no parecen vulgo lo son, es que el criminal es una planta venenosa que se debe arrancar de entre las demás plantas. Pero esto es tan sólo una frase altisonante, vacía de significado, y que si alguno tiene, es contra esta sociedad que tanto blasona de cristiana, cuando por todas partes no vemos más que hipocresía, imbecilidad y egoísmo.

Las plantas venenosas se crían en los eriales, en los terrenos inculcos y abandonados, y las flores hermosas y de suave fragancia nacen y se multiplican en los jardines bien cultivados, donde abunda el oportuno riego de aguas saludables. Arránquese una planta de hermosas flores y trasplántese y abandónese en un terreno inculco: bien pronto la veremos degenerar lastimosamente. Por el contrario, siémbrese en un jardín bien cultivado una de aquellas plantas silvestres, y observaremos que, poco á poco, con el beneficio y con el riego, se mejorarán sus condiciones.

Pues bien; si los criminales son plantas venenosas, los hombres honrados son las hermosas flores de suave fragancia; y si la diferencia que hay entre unas y otras proviene de la eficacia del cultivo de que aquéllas carecen y en que éstas abundan, cultívense las primeras y se aumentará el número de las últimas; riéguese con dulces aguas las malas yerbas y se modificarán sus condiciones; instrúyase, edúquese á los criminales y la sociedad se enriquecerá con multitud de hombres rectos y virtuosos.

¿Y qué diremos de los últimos progresos, del gran triunfo de Pulido de la *humanización de la pena de muerte*? Si es justa, ¿por qué no ha de hacerse alarde de su aplicación? ¿Qué persona, qué tribunal, qué sociedad ha de temer la publicidad de sus actos, si cree que obra en justicia? Si la pena de muerte es ejemplar, ¿por qué se la ha de quitar ese carácter, anulando esta condición que sus partidarios tanto ponderan? ¿Cómo ha de servir de ejemplo si no se presencia? Si la pena de muerte es moral é instructiva, ¿por qué se ha de privar al público de la moralidad é instrucción que pueda adquirir contemplando al reo sobre el cadalso? ¡Ah! ¡Con cuánta elocuencia hablan los sentimientos de los que, faltos de valor ó de convicción para combatir tan bárbaro suplicio, opinan que se ejecuta entre las sombras del misterio!

¿Os repugna la publicidad de su ejecución? ¿Os parece contraria á la moral, á la humanidad y á la justicia? Pues considerad que no hay acto ninguno, si es justo, si es moral, si es humano, cuya publicidad ofrezca inconvenientes; por el contrario, nada tan conveniente, nada tan útil, nada tan necesario y provechoso para la sociedad, para la familia y para el individuo como la repetición de actos justos.

Por consiguiente, vosotros los partidarios de la pena de muerte, aunque enemigos de su publicidad, desechad preocupaciones, sed lógicos: no es la publicidad del suplicio, es el suplicio mismo lo que debe suprimirse.

N. LABANDERA.

IMPULSO GENEROSO

Se agita la prensa republicana con carácter altruista, para discurrir dentro de sus múltiples variantes, el bien